

CELCIT. Dramática Latinoamericana 244

EL DISPARO

Estela Golovchenko

PERSONAJES: 2

La mujer, casi 50

El muchacho, más de 20

La justicia se queda en la trastienda / acortando los sueños / oliendo los
rencores /

y solidariamente cambiando los conceptos / o despertando a puños / indignada y
absorta / la desesperanza.

(No son los hombres, no. Ellos no tienen tales pensamientos)

La justicia se pone su careta y sale despeinada / ridícula y burlona / a tropezar
con todas las miradas /

a revolcarse eufórica en el desasosiego.

(No son los hombres, no. Ellos no tienen tales pensamientos)

La justicia se vuelve la injusticia y se cree importante. / Se le caen las babas en
el último abrazo con el miedo /

y se va en una risa sangrienta y deplorable / mutilando razones / atrofiando
verdades.

Cuando cierra la puerta después de haber salido / deja el rastro informe de toda
su ironía.

Y luego apenas grita levantando cimientos:

No son los hombres, no. Ellos no tienen tales pensamientos.

Verbos de supervivencia: comer, fornicar y matar

Comer

- ¿Por qué siempre dejás la ventana abierta?

- Por si alguien quiere entrar.

La mujer, cargada con paquetes entra a su casa en penumbras. Deja las llaves, oye un ruido y queda expectante. El silencio responde. Luego coloca los paquetes sobre la mesa y oye otro ruido. El muchacho, que hasta entonces se había mantenido oculto, se escabulle en las sombras y permanece escondido a sus espaldas. La mujer percibe la presencia de alguien. Lentamente abre su cartera que aún trae colgada al cuello, y saca un revólver. Está nerviosa pero controla su temor, manteniendo una actitud serena y dominante)

MUJER. (Enciende la luz y apunta hacia el muchacho que aún no se deja ver) ¿Quién está ahí? (El muchacho no se mueve. La mujer da un rodeo tratando de verlo) ¿Quién es? (Imponiéndose) Salga. Tengo un revólver en la mano. (El muchacho se incorpora bruscamente con las manos en alto. Tiene aspecto desaliñado. Parece asustado, con cierto aire de ingenuidad) ¿Quién sos? ¿Qué hacés acá? ¿Eh? ¿Por dónde entraste? (Haciéndole un gesto con el arma) Dale, salí.

MUCHACHO. (Sale tropezando con algo) Señora... Yo no hice nada...

MUJER. (Firme) ¿Y qué hacés acá? ¿Por qué estás en mi casa?

MUCHACHO. Baje el arma, señora. Déjeme que le explique...

MUJER. ¿Qué pasa...? ¿Querías asustarme y ahora sos vos el que te asustás?

MUCHACHO. No, señora... Yo no quería asustarla... Yo...

MUJER. ¿No? ¿Entonces, qué estás haciendo aquí? (El muchacho no responde. La

mujer lo enfrenta) Decime qué estás haciendo acá y por dónde entraste, si no querés que te vuele la cabeza.

MUCHACHO. (Cubriéndose la cabeza con las manos) Yo no hice nada, señora. Le juro.

MUJER. ¿Cómo te llamás?

MUCHACHO. (Sin dejar de ocultarse con las manos) Gonzalo... Gonzalo Meléndrez.

MUJER. ¿Nos conocemos?

MUCHACHO. No, no nos conocemos. Pero... no sabe lo que me pasó, señora. Yo venía de la casa de un amigo y de repente cuando cruzo así, vienen tres tipos y me encaran ¡Qué cagazo! Me empezaron a pedir plata y a pesetearme. Yo no tengo un mango, ni pa' comer. Entonces le digo: no tengo un sope, hermano, ¿qué querés que te dé? Y de repente uno sacó una navaja. Yo no sabía qué hacer, entonces empecé a correr y cuando di vuelta la esquina salté el muro y me metí aquí. Perdona, pero no sabía qué hacer, le juro. Le juro que... (Pone los dedos cruzados sobre los labios y los besa)

MUJER. No jurés en vano. ¿Y por dónde entraste?

MUCHACHO. (Señalando) Por la ventana. Estaba abierta.

MUJER. ¡Otra vez...! Me olvidé de cerrarla. ¿Y por qué te escondiste? Me hubieras hablado.

MUCHACHO. No quería asustarla... Entré y no había nadie. Me quedé quieto hasta que usted llegó y... ¿puede bajar el arma, señora? Me pone nervioso.

MUJER. Sí, tenés razón. Perdoname. (Baja el arma. Asomándose por la ventana) No había nadie en la calle... Por lo menos yo no vi a nadie.

MUCHACHO. (Asomándose sobre el hombro de la mujer) Deben andar ahí en la vuelta.

MUJER. (Disponiéndose a salir) Vamos a ver.

MUCHACHO. (Impidiéndole el paso) ¡No! ¿Está loca? ¿Y si nos matan?

MUJER. (Levantando el revólver) ¿Y esto que te creés que es? ¿Verdurita? (Hace ademán de salir. El muchacho se interpone)

MUCHACHO. Mire, señora, yo no le quiero traer problemas a usted, ¿sabe? ¿Y si le

pasa algo por mi culpa? Qué necesidad. Quédese aquí. No va a pasar nada. Mire... deje el arma. Esperamos un rato y estoy seguro que se van. ¿Me deja quedar un rato? Le juro que espero un poco y me voy.

MUJER. (Desistiendo de salir, pero sin bajar la guardia) ¿Dónde vivís?

MUCHACHO. Vivo cerca...

MUJER. ¿Sos del barrio? Nunca te había visto antes.

MUCHACHO. Bueno del barrio, no. Pero no vivo muy lejos. Estaré a quince cuadras de aquí. ¿Vio dónde queda la feria?

MUJER. Sí.

MUCHACHO. Bueno, allí vivo yo. A media cuadra.

MUJER. Ah. Yo voy los sábados a esa feria.

MUCHACHO. Bueno, a media cuadra...

MUJER. Sí, ya me dijiste.

MUCHACHO. Y mi amigo... (Señala hacia la ventana)

MUJER. ¿Tu amigo es de este barrio?

MUCHACHO. Sí.

MUJER. ¿Dónde vive?

MUCHACHO. Bueno del barrio no es, porque vive a unas diez cuadras de acá, más o menos.

MUJER. ¿Veinticinco cuadras?

MUCHACHO. No, diez.

MUJER. Sí, ya sé. ¿Pero te hacés veinticinco cuadras para ver a tu amigo?

MUCHACHO. ¿Eh? (Como si las contara mentalmente) Más o menos.

MUJER. ¿Venís caminando?

MUCHACHO. Sí.

MUJER. Sentate.

MUCHACHO. Si quiere que me vaya...

MUJER. No. Está bien. Un rato podés quedarte. (Guarda el revólver en la cartera)

MUCHACHO. (Haciendo un gesto de alivio) No la quiero molestar...

MUJER. (Insistiendo) Sentate. (El muchacho se sienta tímidamente. La mujer se descuelga la cartera y la deja en algún lugar) ¿Y quiénes son los tipos ésos?

MUCHACHO. Yo qué sé. No los conozco, pero sé a qué se dedican. Son los que cobran peaje. No te dejan pasar si no les das plata. Siempre andan en la vuelta, pidiendo para el vino, la droga, yo qué sé. ¿A usted nunca la pararon?

MUJER. Nunca.

MUCHACHO. Deben saber que usted tiene un arma, seguro.

MUJER. No creo. ¿Cómo van a saber?

MUCHACHO. Se dan cuenta.

MUJER. Ah, ¿sí? ¿Cómo?

MUCHACHO. Yo qué sé... Se dan cuenta. Esos tipos se las saben todas, no son unos improvisados. (Un poco nervioso, mirando por la ventana) ¿Se habrán ido?

MUJER. (Queriendo tranquilizarlo) No te preocupes. Déjalos. Cuando se aburran se van a ir.

MUCHACHO. No sé si me vieron entrar aquí...

MUJER. Ojalá que no, si no, capaz que te esperan toda la noche.

MUCHACHO. Son capaces, porque se quedaron calientes... a lo que salí disparando... (Sonríe) No pudieron alcanzarme... Son unos cagones... Muy gallitos, muy gallitos pero no les dio la nafta. (Como para sí, gozoso) Ahora que se jodan, que aprendan. Eso les pasa por giles. Se creen muy vivos... (La mujer lo observa algo extrañada)

MUJER. (Cambiando) Estoy por cocinar. (Comienza a sacar las cosas de los paquetes que traía cuando llegó) Salsa de champiñones... ¿Te gustan los champiñones?

MUCHACHO. ¿Eh?

MUJER. Los champiñones, ¿te gustan?

MUCHACHO. No sé, nunca comí.

MUJER. ¿Champiñones? Son hongos. ¿Ves? (Se los muestra)

MUCHACHO. Ah, hongos. (Pone cara de asco) ¿Está esperando a alguien?

MUJER. ¿Yo? (Duda un instante) Sí.

MUCHACHO. ¿A quién?

MUJER. (Para sí) Esto lo preparo en un ratito...

MUCHACHO. (Mirando hacia la ventana. Para sí) Estarán por llegar...

MUJER. ¿Quiénes?

MUCHACHO. ¿Eh? Los invitados...

MUJER. ¿Invitados? No, es uno solo. Si no te molesta, voy a empezar con la salsa de champiñones.

MUCHACHO. No, no. Al contrario. Haga la suya, nomás. Si soy yo el que estoy molestando. (La mujer se dirige a la cocina y empieza a cocinar mientras el muchacho inspecciona el lugar)

MUCHACHO. ¿Le gusta cocinar?

MUJER. Me encanta.

MUCHACHO. Mi vieja odia la cocina.

MUJER. Vivís con tus padres...

MUCHACHO. Con mi madre. Mi padre murió.

MUJER. Ah. ¿Tenés hermanos?

MUCHACHO. Sí, tengo tres hermanas.

MUJER. ¿Estudiás?

MUCHACHO. ¿Eh? No.

MUJER. Entonces trabajás.

MUCHACHO. Sí.

MUJER. ¿En qué?

MUCHACHO. ¿Eh? Hago algunas changas.

MUJER. ¿Dónde?

MUCHACHO. En el mercado.

MUJER. ¿Te pagan bien?

MUCHACHO. Más o menos...

MUJER. Ahora todo el mundo se aprovecha, como no hay trabajo pagan una miseria. No te dejés explotar. ¿Hoy trabajaste?

MUCHACHO. No, hoy no.

MUJER. ¿Por qué?

MUCHACHO. Tenía otras cosas para hacer...

MUJER. ¿Qué cosas?

MUCHACHO. Unos trámites.

MUJER. Ah.

MUCHACHO. (Pausa) ¿Quién viene a cenar?

MUJER. Alguien que hace mucho tiempo que no veo.

MUCHACHO. ¿Usted es casada?

MUJER. Divorciada.

MUCHACHO. Ah. Entonces... capaz que...

MUJER. No, no es lo que pensás.

MUCHACHO. Si le molesto...

MUJER. No te preocupes. No interrumpís nada. (Asomándose, con algún utensilio en la mano) Así que Meléndrez, me dijiste, ¿no?

MUCHACHO. Gonzalo. ¿Y usted...?

MUJER. Sacate la campera, si querés. (Vuelve a su tarea)

MUCHACHO. No. Está bien así.

MUJER. ¿Hace rato que saliste de tu casa?

MUCHACHO. (Mirando hacia la ventana, como para sí) Hace rato. ¿Qué hora es?

MUJER. (Mira el reloj) Nueve menos cuarto.

MUCHACHO. Es temprano. ¿Qué día es hoy?

MUJER. Viernes. ¿Qué? ¿No sabés en qué día vivís?

MUCHACHO. A veces me olvido.

MUJER. A mí me pasa lo mismo, así que no te preocupes. Hace mucho tiempo que para mí los días son todos iguales. Pero vos que trabajás...

MUCHACHO. Soy medio despistado.

MUJER. Cuando tenía tu edad sabía muy bien cuando llegaba el viernes.

MUCHACHO. ¿Por qué?

MUJER. Porque al otro día es sábado. El sábado es el mejor día de la semana. ¿O no?

MUCHACHO. (Con sorna) Joda, joda...

MUJER. Sí, pero íbamos a bailar, nada más. No como ahora.

MUCHACHO. Ahora, ¿qué?

MUJER. Ahora es distinto, no sé... Se emborrachan... Se drogan...

MUCHACHO. ¿Qué? ¿Usted nunca se emborrachó?

MUJER. Aunque te parezca extraño, cuando era joven, no. Recién me vine a emborrachar de vieja.

MUCHACHO. Usted no es tan vieja.

MUJER. Bueno, de grande. Pero cuando era joven...

MUCHACHO. Todavía es joven. (La mujer sonríe complacida)

MUJER. Más joven, quiero decir. Mi padre era muy "cuida", no me perdía pisada. Y eso que yo era una santurrona bárbara, de lo más inocente. Ahora es distinto,  no? (Encar ndolo)  Vos qué opin s?

MUCHACHO. No s ...

MUJER. Tu madre,  te controla?  Sabe dónde and s, que hacés?

MUCHACHO.  Mi madre...? Yo ya soy un pelotudo. Hace rato que ando solo en la calle.

MUJER.  Cu ntos años tenés?

MUCHACHO. (Mirando hacia la ventana)  Se habrán ido o estarán dando vuelta la manzana?

MUJER. (Vuelve a asomarse) No s ... Esa gente es capaz de matarte por diez pesos...  Pens s que puedan entrar a robarme?

MUCHACHO. No s . Capaz. Tenga cuidado porque ahora es un boleto robar. Todo el mundo tiene la plata abajo del colchón.

MUJER. (Riendo) Es cierto.

MUCHACHO. Bueno, abajo del colchón es un decir. Hay gente que la tiene en el baño.

MUJER.  D nde?

MUCHACHO. En el baño, arriba del calefón, en una bolsa de nylon pegada con cinta.

MUJER. No está mal la idea.

MUCHACHO.  Y usted?  Tiene plata abajo del colchón? (La mujer lo mira con desconfianza) No me diga si no quiere.

MUJER. (Sonriendo) La guardo all , en la biblioteca. Hay un libro falso.

MUCHACHO. Ah,  s ?

MUJER. Por supuesto que no voy a decirte cuál es.

MUCHACHO. No será mucha plata, después de todo. No debe entrar mucha en un libro.

MUJER. No te creas. (La mujer regresa a la cocina y continúa hablando desde allí. El muchacho se levanta distraídamente. Se acerca a la biblioteca, acaricia los libros) No sabés lo que se puede guardar en un libro. Es bastante. Mis ahorros, bah... los ahorros de toda mi vida... (El muchacho toma un libro y lo empieza a ojear. La mujer sigue hablando desde la cocina) No es mucho. Lo poco que pude guardar. Uno nunca sabe, hay que tener un respaldo. ¿No querés que...? (Vuelve repentinamente y lo sorprende con el libro en la mano) ¿Qué hacés?

MUCHACHO. Nada. Estaba mirando nomás. (El muchacho deja rápidamente el libro en el lugar) El Quijote de la Mancha. Por éste perdí el examen.

MUJER. ¿Lo leíste?

MUCHACHO. No. Por eso perdí. Se ve que le gusta leer.

MUJER. Bastante. Soy profesora de literatura.

MUCHACHO. Ah. ¿Dónde?

MUJER. No. No ejerzo. Me jubilé.

MUCHACHO. ¿Tan joven?

(Se oye un sonido extraño afuera, como un silbido. Ambos se acercan a la ventana a mirar)

MUJER. ¿Escuchaste?

MUCHACHO. Sí, serán los tipos esos.

MUJER. Fue como un silbido, ¿te diste cuenta? (El muchacho apaga la luz) ¿Qué hacés?

MUCHACHO. Por las dudas, capaz nos ven.

MUJER. (La prende) Que nos vean. Estoy en mi casa y no molesto a nadie.

MUCHACHO. (Vuelve a apagar la luz) ¡No prenda!

MUJER. ¿De qué tenés miedo? No te va a pasar nada.

MUCHACHO. Pero me tengo que ir y no quiero que me vean. No me puedo quedar toda la noche en su casa.

(Alguien golpea la puerta suavemente. Los dos se miran por un instante sin atreverse a mover, luego la mujer le hace un gesto de silencio al muchacho y se

dirige hacia la puerta)

MUJER. ¿Quién es? (Nadie responde) ¿Quién es? (Silencio)

MUCHACHO. (En voz baja) Capaz que es su invitado.

MUJER. ¿Quién?

MUCHACHO. Su invitado.

MUJER. (Mira el reloj) No. Es muy temprano todavía.

MUCHACHO. ¿Por qué no abre?

MUJER. Alcanzame la cartera.

(El muchacho se la alcanza. La mujer saca el revólver, abre la puerta, sale un momento y vuelve a entrar. Prende la luz)

MUCHACHO. ¿Siempre recibe así a las visitas?

MUJER. Pensé que podría ser...

MUCHACHO. ¿Quién?

MUJER. No sé...

MUCHACHO. ¿Los patoteros? Mire si le iban a golpear la puerta... Ésos no piden permiso para entrar.

MUJER. ¿Quién sería?

MUCHACHO. No sé. Si no sabe usted quién puede venir a su casa. ¿No dijo que estaba esperando a alguien?

MUJER. Sí, pero... (Da muestras de confusión)

MUCHACHO. ¿Qué pasa? ¿Se siente mal?

MUJER. No, estoy bien.

MUCHACHO. (Tratando de distender) Se puso más nerviosa ahora que le golpearon la puerta que cuando me encontró a mí dentro de su casa. ¿Quién pensó que era?

MUJER. No sé...

MUCHACHO. (Acercándose a la mujer) ¿Hay alguien que la molesta?

MUJER. No.

MUCHACHO. Nunca falta algún boludo que ve una mina sola y se las da de confianzudo, pero usted...

MUJER. (Cortándolo) No, nadie me molesta. Nunca nadie me molestó, al

contrario.

MUCHACHO. ¿Y no está esperando a...?

MUJER. No me hagas caso, no sé qué me pasó. A veces me imagino cosas.

Escucho ruidos. (La mujer deja el revólver distraídamente al alcance del muchacho. Se muestra confusa y angustiada. El muchacho toma el revólver y lo observa detenidamente)

MUJER. (Viendo que está con el revólver) ¿Qué hacés?

MUCHACHO. Nada. Estaba mirando... (La mujer le quita bruscamente el revólver y lo guarda dentro de la cartera)

MUJER. Dejá eso. A las armas las carga el diablo.

MUCHACHO. ¿Está descargado?

MUJER. No. Las armas son peligrosas.

MUCHACHO. Claro. (Quedan un momento en silencio. Luego el muchacho percibe el olor que viene de la cocina) Hay olor a...

MUJER. (Se incorpora rápidamente) ¡La salsa! (Va hacia la cocina)

MUCHACHO. ¿Se quemó?

MUJER. (Desde la cocina) Casi, casi. Un poco más y... ¡la gran siete!

MUCHACHO. ¿Qué pasó?

MUJER. Nada. Me quemé.

MUCHACHO. ¿Quiere que la ayude?

MUJER. No, gracias. Ya está todo bajo control. Ahora prendo un ratito más el horno...

MUCHACHO. La salsa esa es para ponerle a la carne... al horno... mechada... (Se le hace agua la boca)

MUJER. (Asomándose, seria) ¿Cómo sabés?

MUCHACHO. ¿Qué?

MUJER. Que estoy haciendo carne al horno.

MUCHACHO. Tengo buen olfato.

MUJER. ¿Hace rato que no comés?

MUCHACHO. Desde hoy a mediodía.

MUJER. ¿No comiste nada en la casa de tu amigo?

MUCHACHO. No.

MUJER. ¿Tomás vino?

MUCHACHO. Sí. (La mujer trae el vino y dos copas)

MUJER. Tengo un vino riquísimo. Probalo, a ver si te gusta. (Le sirve. El muchacho le toma bruscamente la mano. La mujer sonríe inocente) ¿Qué...?

MUCHACHO. (Solt ndola) Nada.

MUJER. ¿Qué pasa?

MUCHACHO. Nada.

MUJER. ¿No querés?

MUCHACHO. S , quiero. Es que... me hizo acordar a...

MUJER. ¿A quién?

MUCHACHO. A mi madre. (Toma la copa y se la empina) Está bueno...

MUJER. ¡Epa! Así no tiene gracia. (Sirviéndose) Tan de golpe te va a hacer mal.

Mir : así se toma este vino. (Bebe y saborea lentamente) Hay que saborearlo.

MUCHACHO. Me gusta tomarlo así, de un pique.

MUJER. Servite más, si querés. (La mujer va a la cocina y trae platos y cubiertos para dos mientras el muchacho vuelve a servirse y sigue bebiendo)

MUCHACHO. (Viendo los preparativos) Bueno, va a ser mejor que me vaya, porque...

MUJER. No. Quedate, si querés. Ya está pronta la comida, así que podemos empezar.

MUCHACHO. ¿Y el invitado?

MUJER. El invitado sos vos.

MUCHACHO. ¿Yo?

MUJER. S . Te estaba esperando.

(El muchacho queda mirándola con cierta desconfianza. Ella sonríe y actúa con total naturalidad mientras pone la mesa.  l sospecha que ella lo hubiera engañado todo el tiempo y realmente lo hubiera estado esperando. Por lo menos es lo que el muchacho cree en ese momento. Como si ella le hubiera tendido una trampa o algo así. Entonces el muchacho comienza a desconfiar y en un momento determinado, cuando ella termina de servir la comida y se instala cómodamente

en la mesa, el muchacho saca un revólver de bajo de su campera y le dispara en el pecho a quemarropa. La mujer, con una mueca de sorpresa en el rostro, cae al piso. Todo cambia a partir de este momento. El muchacho no es el mismo, su aspecto se transforma notoriamente. Deja de ser el joven asustado y nervioso que se movía con torpeza. Ahora juega con el revólver mientras habla, un poco afectado, como si estuviera bajo el efecto de una droga)

MUCHACHO. Mi madre mató a mi padre cuando yo tenía trece años. Él le había dado una tremenda paliza. Después que lo mató, ella se quedó sentada, mirándolo, hasta que vino la policía. Mi padre siempre andaba armado. Al revólver nunca lo encontraron. (Con ironía) Vinieron los vecinos... había tanta gente que capaz alguno se lo peló, no sé. Yo limpié la sangre hasta donde pude, pero la sangre seguía saliendo. A mi madre no la llevaron presa. Al contrario: los milicos le agradecieron el favor. Si no lo mataba ella, le dijeron, tarde o temprano alguien lo hubiera tenido que matar. Mi padre me decía que le pegaba porque ella andaba con otro. Me pedía a mí que la vigilara. Yo nunca la vi con nadie, pero al poco tiempo que murió mi padre, ella trajo otro hombre a la casa. Y a ése... (Hace un gesto como si disparara un revólver) A ése lo maté yo con el revólver que los milicos nunca encontraron. Mi padre sí que sabía de armas. Era un experto. Nunca matés a nadie con la panza llena, me decía. Primero hay que matar, después hay que comer. (El muchacho deja el revólver sobre la mesa y empieza a comer lentamente mientras observa el cuerpo desgonzado de la mujer en el piso de la habitación)

Fornicar

Mi soledad y la tuya, ¡cuántas soledades!

La acción continúa como si el disparo no hubiera ocurrido. Ambos ocupan su lugar en la mesa. Acaban de cenar, están distendidos, disfrutando la sobremesa. El muchacho ya no aparenta ser un ingenuo chiquilín, sino que parece más maduro. La mujer pierde su aspereza. La relación filio-maternal que habían establecido al principio se transforma en un vínculo de iguales que ronda el juego de seducción, al que ambos se dejan llevar casi sin darse cuenta.

MUCHACHO. ¿Por qué vive sola?

MUJER. ¿Cómo sabés que vivo sola?

MUCHACHO. Usted me dijo.

MUJER. ¿Cuándo?

MUCHACHO. Hace un rato, cuando estábamos hablando... Es peligroso.

MUJER. ¿Qué?

MUCHACHO. Vivir sola.

MUJER. Sí. (Buscando) ¿El revólver?

MUCHACHO. Está ahí. (Lo señala) En la cartera.

MUJER. Ah.

MUCHACHO. Usted sabe agarrar el arma, no es ninguna chambona.

MUJER. ¿Te asusté?

MUCHACHO. Al principio pensé que me iba a pegar un tiro.

MUJER. Perdoname. Recién me doy cuenta que fui una bestia.

MUCHACHO. No pasa nada. ¿Siempre tuvo un arma? Se ve que está acostumbrada.

MUJER. Hace tiempo, cuando era joven, aprendí a manejar un arma.

MUCHACHO. ¿Es policía?

MUJER. (Riendo) ¿Policía? ¿Estás loco? (Cortándose) ¿Querés más vino?

MUCHACHO. Bueno.

MUJER. (Sirviendo vino en las copas) Los tiempos cambiaron. A mí un arma me da tranquilidad.

MUCHACHO. ¿Por qué vive sola? Porque quiere o...

MUJER. (Interrumpiendo) Porque quiero.

MUCHACHO. Pero... ¿estuvo casada...?

MUJER. Sí, claro. Hace mucho.

MUCHACHO. ¿Y tiene hijos?

MUJER. Sí. Una hija.

MUCHACHO. (Afirmando) Pero no vive acá.

MUJER. No, está casada. Vive afuera.

MUCHACHO. ¿La ve seguido?

MUJER. A veces. Viene a visitarme de vez en cuando. Vive en el interior.

MUCHACHO. No se lleva bien...

MUJER. Sí, nos llevamos bien.

MUCHACHO. No parece.

MUJER. ¿Por qué?

MUCHACHO. No sé. Me da la impresión.

MUJER. Es que nos vemos poco, nada más.

MUCHACHO. Pero es la única hija que tiene.

MUJER. Sí, pero ella tiene sus ocupaciones, tiene su familia, sus hijos...

MUCHACHO. ¿Tiene nietos?

MUJER. Sí; dos. Una nena y un varón.

MUCHACHO. No.

MUJER. No, ¿qué?

MUCHACHO. (Mirando alrededor) No puedo creer que no haya en esta casa ni una foto de sus nietos.

MUJER. (Como si recién se diera cuenta) ¿No?

MUCHACHO. Algo pasa. A mí no me jode. ¿Dónde se ha visto que una abuela no tenga fotos de los nietos? No existe.

MUJER. (Mirando los lugares donde podría tener esas fotos) Sí, es cierto. Lo que pasa que están lejos, no los veo casi nunca... Me parece que los extraño menos si no tengo fotos de ellos a mi alrededor. No sé... Tal vez no quiero recordarlos tanto.

MUCHACHO. ¿Y las fotos qué tienen que ver? Uno extraña o no extraña, uno quiere o no quiere. La foto no cambia nada.

MUJER. Claro. Entonces para qué poner fotos, ¿no?

MUCHACHO. ¿Pero usted los quiere?

MUJER. ¿A quiénes?

MUCHACHO. A sus nietos.

MUJER. Tengo que quererlos, soy su abuela.

MUCHACHO. (Sonríe) Usted no los quiere querer.

MUJER. ¿Qué?

MUCHACHO. Tiene miedo.

MUJER. ¿Miedo de qué?

MUCHACHO. De quererlos. (Pausa. Luego cambiando el clima) Es linda... su casa.

MUJER. ¿Te gusta? Hace poco que me mudé.

MUCHACHO. El barrio me gusta.

MUJER. A mí, no.

MUCHACHO. ¿No?

MUJER. No, mucho.

MUCHACHO. Entonces, ¿para qué se mudó?

MUJER. (Mirando hacia la ventana) No voy a estar por mucho tiempo.

MUCHACHO. ¿Piensa mudarse otra vez?

MUJER. Sí. Nunca me gustó vivir en un mismo lugar. Viví en tantos lugares que ya ni me acuerdo. Siempre me mudé, desde que era chica.

MUCHACHO. Yo también ando de un lado para el otro. Lo mejor es no encariñarse con ningún lugar.

MUJER. ¿También te mudaste varias veces?

MUCHACHO. Sí. Pero mi casa es la misma. Soy yo el que cambio de lugar. A veces duermo en un lado, a veces en otro.

MUJER. Es lindo despertarse en un lugar distinto cada vez. Es como...

MUCHACHO. Como ser otro.

MUJER. Y empezar de nuevo. Despertar y no acordarse de lo que pasó el día anterior. Como si te reencarnaras en el mismo cuerpo pero con otro espíritu...

MUCHACHO. ¿A usted le pasa eso?

MUJER. Algo así. Nunca estoy conforme con el lugar donde vivo. No habré encontrado mi lugar todavía, quién sabe... ¿habrá un lugar para cada uno?

MUCHACHO. Pienso que sí. Debe haber. A todos los que conozco les gusta vivir en un solo lugar. Ni se les ocurre pensar en cambiarse. Y parece que son felices así.

MUJER. Todos buscamos un lugar seguro para vivir.

MUCHACHO. (Cambiando) ¿A qué no sabe cuál es el lugar más seguro?

MUJER. (Sin dudar) La calle.

MUCHACHO. (Sorprendido, como si ella le hubiera leído el pensamiento) ¿Cómo sabe?

MUJER. Por experiencia. Mientras estás en la calle, estás seguro. Es muy difícil que te encuentren. Pero no podés detenerte nunca, tenés que caminar, correr, subir a un ómnibus, entrar a un comercio, preguntar precios, tomar un taxi, viajar constantemente, sin parar. La calle te da seguridad.

MUCHACHO. Sobre todo de noche.

MUJER. ¿Te gusta andar de noche?

MUCHACHO. (Afirmando) No me va a gustar.

MUJER. Yo podría pasar toda la noche caminando, recorriendo los lugares, mirando gente...

MUCHACHO. Los que duermen tranquilamente en sus casas, ni se imaginan lo que pasa afuera, ahí nomás en la vereda de su casa, en los techos, detrás de la puerta...

MUJER. Es otro mundo, ¿no? (Pausa) ¿Pasás mucho tiempo en la calle, vos?

MUCHACHO. Bastante.

MUJER. ¿No estás bien en tu casa?

MUCHACHO. La verdad que no.

MUJER. ¿Qué? ¿Andás mal con tu familia?

MUCHACHO. Medio revirado...

MUJER. (Cambiando) ¿A qué no sabés cuáles son las mejores casas para vivir?

MUCHACHO. (Sin dudar) Las ajenas.

MUJER. (Riendo) ¿Por qué?

MUCHACHO. Porque puedo irme cuando se me antoja. A mí siempre me invitan mis amigos a quedarme a vivir con ellos. Al principio estoy bien, pero después llega un momento que me quiero ir a la mierda. No aguanto. Es más fuerte que yo.

MUJER. Lo que pasa es que nosotros somos nómadas.

MUCHACHO. ¿Qué?

MUJER. Nómadas. Sedentarios.

MUCHACHO. Ah.

MUJER. ¿Sabés lo que quiere decir?

MUCHACHO. No.

MUJER. Vagabundos, que andamos de un lado para el otro.

MUCHACHO. Me gusta ser un vagabundo.

MUJER. A mí también. (Levantando la copa y brindando entre risas) ¿Querés que ponga un poco de música? (Se levanta con la intención de buscar un CD para poner en el equipo de música)

MUCHACHO. Bueno. (El muchacho junta los platos de la mesa)

MUJER. ¿Qué música te gusta?

MUCHACHO. Cualquiera.

MUJER. (Viendo lo que hace) ¿Qué hacés?

MUCHACHO. Junto los platos.

MUJER. (Tratando de ayudarlo) Dejá, yo los llevo.

MUCHACHO. No, no, está bien. Usted busque la música. (Se dirige a la cocina)

MUJER. No me digas usted. Me hacés sentir una vieja.

MUCHACHO. (Sonriendo) Buscá la música.

MUJER. (Entusiasmada) Pero no me dijiste qué es lo que te gusta. Mirá que tengo de todo. (Revisando) Tengo música popular..., murga..., candombe..., tango..., hasta música clásica tengo. ¿Viste que aquí hay de todo?

MUCHACHO. Todo lo que le gusta a us... (Se corrige) Todo lo que te gusta a vos

MUJER. ¿Qué? ¿A vos no te gusta nada de esto? ¿Qué música escuchás?

MUCHACHO. Ninguna de esas.

MUJER. Pero si acá no falta casi nada...

MUCHACHO. Casi... nada.

MUJER. ¿Qué me falta? A ver... (Piensa) ¿No me digas que te gusta el rock?

MUCHACHO. Sí.

MUJER. ¡Justo lo que no tengo!

MUCHACHO. Y algo más.

MUJER. ¿Qué?

MUCHACHO. Cumbia.

MUJER. ¿Te gusta la cumbia también?

MUCHACHO. Sí, me gusta.

MUJER. ¿Y el rock también?

MUCHACHO. Me gustan las dos cosas.

MUJER. ¿Y qué tienen que ver una con la otra?

MUCHACHO. Yo qué sé. Son músicas de protesta.

MUJER. ¿Música de protesta? A mí no me vas a decir qué es música de protesta...!

(Buscando) ¡Música de protesta es esto! (Saca un CD y se lo alcanza)

MUCHACHO. (Tomándolo) ¿Qué es?

MUJER. ¿No los conocés?

MUCHACHO. No.

MUJER. ¿Pero vos en qué país vivís? ¿No conocés la música nuestra?

MUCHACHO. No sé, capaz que alguna vez los escuché pero no me doy cuenta. A ver... ponelo.

MUJER. Lo que pasa que vos sos de otra generación. ¿Y qué música pongo, entonces?

MUCHACHO. (Yendo hacia el aparato de música) A ver... (Prende la radio y pone en una estación de cumbias. La mujer empieza a reír, contagiando al muchacho. La cumbia invade el espacio y empiezan a moverse al ritmo, primero tímidamente, luego totalmente desinhibidos)

MUJER. (Mientras bailan) Yo bailaba cumbias, también. Cuando era como vos vos..., en mi pueblo..., en el interior..., bailaba cumbias... Hacían bailes con orquestas..., orquestas de cumbia... Era la primera en salir a bailar... No me gustaba la cumbia, pero era lo único que había... Entonces bailaba... Hace años que no bailo...

MUCHACHO. No se nota... (La hace girar y la toma de la cintura)

MUJER. ¿Vas a bailar?

MUCHACHO. A veces.

MUJER. Se ve que te gusta. Te movés bien...

MUCHACHO. Usted también...

MUJER. (Corrigiéndolo) Vos. Vos también.

MUCHACHO. Vos también. (Siguen bailando en un clima de alegría que por momentos roza el erotismo. Sin embargo ambos se esfuerzan por disimularlo) Sos engañosa, vos.

MUJER. ¿Por qué?

MUCHACHO. Porque al principio parecías seria, como si estuvieras enojada.

MUJER. Bueno, que querés... De la manera que entraste, no te iba a recibir con flores...

MUCHACHO. Tan mal no me recibiste después de todo. Podría haber sido peor.

MUJER. Yo sabía que ibas a venir.

MUCHACHO. (Creyendo lo que dice) ¿En serio?

MUJER. (Riéndose) Tan vivo que sos y no te das cuenta que te estoy tomando el pelo.

MUCHACHO. Bueno, pero estabas esperando a alguien porque esa comida...

MUJER. Es que yo cocino así todos los días. O te creés que vivo a churrasquito, nomás. (Se ríe)

MUCHACHO. (Festejando) Cómo te divertís a mi costilla. Y yo que pensé que eras una vieja amargada...

MUJER. ¿Eso creíste que era? ¿Una vieja amargada?

MUCHACHO. (Dándose cuenta que metió la pata) No. Lo que pasa que vos...

MUJER. ¿Qué?

MUCHACHO. Tenés una cara...

MUJER. (Dejando de bailar. Apaga la música) Una cara, ¿cómo?

MUCHACHO. Una cara... de amargada... (Silencio. Tratando de arreglarla) Pero no digo que seas... Cuando yo te vi la primera vez... pero no ahora... estoy hablando de otro día...

MUJER. (Reaccionando) ¿Me conocías?

MUCHACHO. Un día que pasé por acá...

MUJER. ¿Me habías visto antes?

MUCHACHO. Yo... sí... de pasada... te había visto una vez. Pero no te enojés, porque yo...

MUJER. ¿Y por qué me voy a enojar?

MUCHACHO. No, por nada. Lo que le quiero decir es cómo uno puede creer una cosa y después nada que ver... ¿no? Yo pensé que eras una mujer amargada y sin embargo te estás divirtiendo ahora conmigo y está bien... está bien... Así tiene

que ser. Eso, nada más. (Silencio. La mujer queda pensativa) Perdoname...

MUJER. No, está bien. Me quedé pensando en lo que dijiste y me di cuenta que hace mucho tiempo que no me divierto, que paso pensando lo mismo... y lo único que hago es cocinar...

(En ese momento se oye la sirena de un patrullero que estaciona delante de la casa y cuya luz roja tira destellos hacia el interior. El muchacho pega un salto y apaga la luz casi en un mismo movimiento. Quedan en penumbra)

MUJER. (Sorprendida y buscando el interruptor de la luz) ¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué apagaste la luz?

MUCHACHO. (Tomándola de un brazo y obligándola a ocultarse) ¡Quédate quieta! (El muchacho saca un arma debajo de su campera)

MUJER. ¿Qué hacés? (Viendo el arma) ¿Qué hacés con mi revólver? ¿Estás loco? Si ni siquiera sabés como...?

MUCHACHO. (Sin soltarla, agresivo) No es tu revólver. Este revólver es mío, ¿no te das cuenta? Y sé usarlo mejor que vos. (Para sí) ¿Quién mierda habrá llamado a la policía? (A la mujer) ¿Vos llamaste a la policía?

MUJER. (Que no entiende nada) ¿Yo? Yo no llamé a nadie. ¿A quién iba a llamar?

MUCHACHO. (Amenazándola con el revólver) Más vale que no hayas llamado a la policía porque si no...

MUJER. (Gritando) ¡A quién querés que llame si no tengo teléfono!

MUCHACHO. ¡No grite! (Hacia la ventana, furioso) ¡La puta que los parió! ¡Ahí los llevan! Milicos hijos de puta...

MUJER. (Que aún sigue sin comprender) ¿A quién se llevan? (Trata de mirar por encima del hombro del muchacho) ¿Qué pasó?

MUCHACHO. (La empuja) ¡Agachate! Se llevan al Milton y al Caíto, estos hijos de mil putas... Me estaban esperando a mí esos pendejos de mierda. ¡No sé para qué me quedé! Me hubiera ido a la mierda hace rato... Y estos pelotudos se hubieran ido también. ¿Qué mierda hacían esperándome como unos pajeros?

MUJER. ¿De qué estás hablando? ¿Qué hacés con un revólver? ¿No dijiste que...?

MUCHACHO. Dije, sí, dije lo que se me dio la gana.

MUJER. ¿Y quiénes son...?

MUCHACHO. Esos que se llevan los milicos estaban conmigo. (Repentinamente) ¡Y yo tengo que estar ahí, con ellos! (Se dirige a la salida)

MUJER. (Interponiéndose) ¿A dónde vas? ¿Qué vas a hacer?

MUCHACHO. ¡Voy a cagar a balazos a esos milicos hijos de puta!

MUJER. (Tomándolo por la ropa) Pero... ¿estás loco? Esperá... Controlate un poco.

MUCHACHO. (Tratando de zafar) ¡Déjame!

MUJER. ¡No seas imbécil! Si salís con ese revólver en la mano, en medio de esta batahola, lo primero que van a hacer es pegarte un tiro. Quedate acá. No compliqué las cosas. (Se oye un ruido más próximo y la mujer baja la voz) Ahí se van... Déjalos que se vayan. Si igual no podés hacer nada. Tranquilizate...

MUCHACHO. (Volviéndose bruscamente a mirar por la ventana) Fue el viejo de enfrente... le voy a volar la cabeza a ese viejo hijo de mil putas.

MUJER. (Tratando de mantener la calma) Esperá que se vaya la policía. Después vas y le volás la cabeza a ese viejo hijo de mil putas.

MUCHACHO. (Sorprendido por la forma en que la mujer se refirió al viejo) ¿Lo conocés?

MUJER. Lo conozco bien.

MUCHACHO. Y sí... es su vecino.

MUJER. Es mucho más que mi vecino.

MUCHACHO. ¿Es un pariente?

(Se oyen unos insultos afuera, golpes de puerta de un vehículo y el sonido de la sirena que se aleja. Los destellos de la luz roja desaparecen. Hay un momento de calma)

MUJER. (Asomándose a la ventana) Ya se fueron. (Silencio. Ambos se acomodan en la penumbra) ¿Qué fue lo que pasó? (El muchacho no responde) Yo no entendí nada, pero me parece que me mentiste, ¿no? (Pausa) Viniste a esconderte aquí. ¿Qué hiciste? Tus amigos, ésos, ¿qué hicieron? (Como si recién comprendiera) Viniste a robarme... ¿Viniste a robarme? ¿Eh? (Rápidamente enciende la luz, toma su revólver y lo encañona. El muchacho está sentado en el piso con la cabeza entre las piernas, los brazos cruzados y el revólver colgando del dedo)

¡Contestame! ¿Viniste a robarme? Dale, habla si no querés que...

MUCHACHO. (Sin cambiar su postura) Ese revólver es de juguete. (Levantando la cabeza para mirarla) Con ese revólver no puede hacer nada porque es de plástico. (La mujer queda como petrificada, pensando qué responder. El muchacho se incorpora lentamente, coloca su revólver sobre la mesa y sirve vino para ambos. Luego se aproxima a la mujer, quien lo sigue apuntando, le saca el revólver y le coloca la copa de vino en las manos. La mujer, impertérrita, sostiene la copa como si fuera el revólver, lo que le da un aspecto ridículo y gracioso) ¿A quién piensa matar con esto? (Pone el revólver de la mujer sobre la mesa, junto al otro. Los dos revólveres son idénticos)

MUJER. (Reaccionando, bebe un poco) A nadie. (Pausa)

MUCHACHO. No vine a robarte. Vinimos a robarle al viejo de enfrente. Hace una semana que lo venimos vigilando. A vos también.

MUJER. ¿Me vigilaban?

MUCHACHO. Es un decir. Te veíamos en la calle, cuando hacía los mandados. Se notaba clarito que llevabas un arma en la cartera. No sabés disimular.

MUJER. ¿Se dieron cuenta?

MUCHACHO. Yo me di cuenta. Pero no sabía que era de juguete. Vos hacías como si fuese de verdad.

MUJER. (Sonriendo) Te engañé.

MUCHACHO. Sí, me engañaste.

MUJER. ¿Y lo robaron?

MUCHACHO. ¿Al viejo? No. El perro ladró y...

MUJER. (Tentada de risa) ¿El perro ladró...?

MUCHACHO. Sí.

MUJER. (Riéndose) ¿Y tantos días de espionaje y qué sé yo, para que un perro les arruine la cacería? ¿No sabés que perro que ladra no muerde?

MUCHACHO. No pudimos robar pero pudimos averiguar varias cosas.

MUJER. ¿Qué cosas?

MUCHACHO. Y yo qué sé... Dónde guarda la plata, a qué hora viene la mujer que le cocina, a qué hora se va, a qué hora sale y vuelve a entrar.

MUJER. Eso también lo sé yo y no soy la experta. ¿Y ahora qué vas a hacer?

MUCHACHO. Voy a esperar que se tranquilice todo y voy a entrar a la casa del viejo podrido ése y le voy a sacar hasta las ganas de comer.

MUJER. ¿Pero qué decís? Con todo lo que pasó, deben haber dejado un guardia policial en la puerta.

MUCHACHO. ¡Qué guardia policial, ni guardia policial! Se cree que se van a complicar los milicos por unos guachos rateros. Ni se molestan. Si el Milton tiene quince y el Caíto diecisiete. Les dan una biaba esta noche y mañana los sueltan, y ahí se terminó todo. Ellos están a manos limpias. Si me agarraban a mí sí se podía complicar porque yo tengo un arma. (Toma su revólver y se lo entrega) Con esto sí, podés matar a quien se te antoje. (La mujer toma el arma con cierta precaución) Cuidado. A las armas las carga el diablo. (La expresión de la mujer cambia, toma el arma correctamente, encañona al muchacho, quien la observa un poco sorprendido. Luego la mujer gira lentamente y apunta hacia fuera, a través de la ventana)

MUJER. (Con satisfacción) Vamos a matar a ese hijo de mil putas.

MUCHACHO. (Quitándole el revólver) ¿Qué hacés?

MUJER. (Reaccionando) ¿Qué...?

MUCHACHO. ¿Estás loca? Mirá si se te llega a escapar un tiro. (Guarda el arma en la cintura)

MUJER. ¿Es tuyo el revólver?

MUCHACHO. Sí.

MUJER. ¿Lo usaste alguna vez?

MUCHACHO. Claro.

MUJER. ¿Mataste a alguien?

MUCHACHO. Qué te importa.

MUJER. ¿Estuviste preso?

MUCHACHO. Tres veces.

MUJER. ¿En la cárcel?

MUCHACHO. No, en un hotel cinco estrellas.

MUJER. ¿Y saliste...?

MUCHACHO. Y claro. O te creés que estás viendo visiones.

MUJER. ¿Estuviste mucho tiempo?

MUCHACHO. Un poco. Yo sé cómo salir enseguida. Tengo mis recursos.

MUJER. Ah, ¿sí? ¿Cómo hacés?

MUCHACHO. (Con cierta suficiencia) Me hago querer. (Trata de acariciarle el pelo a la mujer. Ella se aleja)

MUJER. ¿Cómo te trataron?

MUCHACHO. ¿En dónde?

MUJER. En la cárcel, donde más.

MUCHACHO. Igual que a todos.

MUJER. No. No tratan igual a todos. Algunos pagan para que los traten mejor.

MUCHACHO. Por mí no pagó nadie. ¿Quién va a pagar por mí? Todo es una mierda... vos qué sabés.

MUJER. Puedo imaginarme.

(Se escuchan golpes en la puerta. Los dos se sobresaltan. El muchacho apaga la luz y ambos quedan ocultos, esperando, como si en cualquier momento alguien pudiera entrar. Vuelven a oírse los golpes. Silencio. En la penumbra los dos, casi instintivamente, se abrazan)

MUJER. (Luego de una pausa, en voz baja) Se fueron... Capaz que te buscaban a vos.

MUCHACHO. Nadie sabe que estoy acá. ¿Qué hora es?

MUJER. No sé. La una.

MUCHACHO. (En ese momento suena un celular) ¿Y eso? ¿No me dijiste que no tenías teléfono?

MUJER. (Buscando la cartera) Es el celular.

MUCHACHO. ¡La puta que te parió! ¿Qué vas a hacer?

MUJER. Voy a atender.

MUCHACHO. ¿Estás chiflada? ¿Cómo que vas a atender? (Saca el revolver de la cintura y la amenaza) ¡Vos no atendés nada! (El celular sigue sonando)

MUJER. Capaz que es mi hija.

MUCHACHO. ¿No me dijiste que no tenías teléfono?

MUJER. Sí, pero...

MUCHACHO. (La toma con violencia del brazo) ¿Por qué me mentís?

MUJER. ¿Por qué tengo que decirte la verdad?

MUCHACHO. Porque yo no te mentí.

MUJER. Ah, ¿no?

MUCHACHO. Para no complicarte la vida, nada más. Te mentí para hacerte un favor. Yo tenía motivos. Pero vos... (Realmente indignado, tomándola de los cabellos) ¿Por qué mierda me mentís? (La mujer da un grito) ¡Silencio! ¡No grites! (El teléfono sigue sonando. El muchacho le da un empujón y ella cae al piso. La mujer se incorpora y lo arremete)

MUJER. ¡No vuelvas a tocarme! ¡No vuelvas...! La próxima vez que me toques...

MUCHACHO. (Apuntándole con el revólver en la cabeza) ¿Qué? La próxima vez, ¿qué...? (El teléfono deja de sonar)

MUJER. ¿Me vas a matar? Dale, matame. (La voz se le quiebra y comienza a llorar. El muchacho la suelta y ella se deja caer lentamente al piso. El muchacho guarda el arma, camina nervioso por el lugar. Observa un momento a la mujer que no deja de llorar, luego se sienta al su lado y le acaricia el pelo. La mujer rechaza el gesto. Él insiste hasta que ella se deja acariciar) ¿Por qué no te vas? Ya no hay ningún peligro. Andate, dejame tranquila.

MUCHACHO. ¿Querés que me vaya? (Silencio) ¿Querés quedarte sola? (Silencio) ¿Sabés qué? Yo no quiero irme. Quiero quedarme. No sé por qué, en esta casa me dieron ganas de quedarme. Cuando entré y sentí el olor... vi las fotos, los libros... fui a la cocina, abrí el horno, la heladera... comí una manzana... (La mujer lo mira sorprendida) Entré al dormitorio... me tiré en la cama, acaricié la almohada, abrí el cajón de la cómoda... revisé la ropa... Después fui al baño, me miré en el espejo... Me dieron ganas de darme un baño, cambiarme la ropa... me dieron ganas de quedarme.

MUJER. (Indignada) ¿Hiciste eso...? (Empieza a pegarle) ¡Cómo te atreviste...! ¡Te metiste en mi casa...! ¡Me revisaste mis cosas! ¡Mis cosas...! (Llora) Y yo te di de comer... (El muchacho trata de abrazarla, ella se resiste hasta que finalmente se deja abrazar) ¿Por qué... te metiste... en mi casa...? ¿Por qué...

tocaste mi ropa? ¿Mis pocas cosas? Ya no tengo nada que sea mío... ya no tengo nada que sea mío... ya no tengo nada...

MUCHACHO. (Sin dejar de abrazarla) Perdón... Perdoname... Yo no sabía...

MUJER. ¿Qué no sabías?

MUCHACHO. No sabía quién eras.

MUJER. ¿Qué importa quién soy? Nadie tiene derecho a meterse en la vida privada del otro... Nadie tiene derecho... (Llora desconsoladamente abrazada al muchacho, mientras éste le acaricia el cabello)

MUCHACHO. Perdoname... perdoname... Yo... estoy solo como un perro. Vos me trataste bien... es cierto. Yo soy una bosta... te juro que... (La mujer lo besa en los labios. El muchacho responde apasionadamente. Los dos se revuelcan en el piso mientras la ropa de cada uno va desprendiéndose de los cuerpos. La mujer toma el revólver del muchacho que había quedado tirado en el piso, espera la posición adecuada y le dispara a quemarropa en la cabeza. El muchacho, con algunos estertores previos, queda tirado en el suelo. Ella logra recuperarse lentamente)

MUJER. Él venía casi todos los días a mi calabozo. En realidad no sé si era todos los días, porque yo había perdido la noción del tiempo. Cuando se iba yo recogía mis despojos. (Recoge la ropa tirada en el piso) Odiaba mi cuerpo. Me parecía el culpable de tanto terror. Si no tuviera cuerpo, pensaba, nadie me tocaría. A veces, cuando estaba lúcida, hacía un esfuerzo para convencerme que todo lo que pasaba era normal. Quería encontrarle algo de goce a la tortura, pero yo no estaba apta para tanta perversidad. Mi cabeza no lo toleraba. Él era el único que me torturaba. Se tomaba su tiempo. Primero hay que coger, me decía, después... la muerte. (La mujer deja el revólver en el piso como si se tratara de una ofrenda, luego se acuesta pegada al cuerpo inerte del muchacho. Le toma la mano, la besa y la deja caer)

Matar

Es un segundo, nada más... Después, silencio.

La acción continúa como si el disparo no hubiera ocurrido. La mujer se coloca frente a la ventana, le da la luz de la calle en el rostro, parece más joven, con el cabello un poco despeinado. El muchacho se levanta como si hubiera estado durmiendo, está con el torso desnudo, recoge su ropa y el revólver que están tirados en el piso. Ahora el vínculo entre ambos es como si la mujer fuera una chiquilina y él un hombre mayor que ella.

MUCHACHO. ¿Qué hora es?

MUJER. Cerca de las cuatro. (Viéndolo) ¿Qué vas a hacer?

MUCHACHO. Me voy.

MUJER. ¿A dónde vas?

MUCHACHO. Voy a ir a afanarle la guita al viejo ése. No se las va a llevar de arriba, no. Lo voy a agarrar con la guardia baja. Debe pensar que está a salvo y estará durmiendo como un angelito.

MUJER. Nunca se olvida de cerrar todo con llave. Tiene el sueño liviano. Se levanta a cualquier hora y escucha música. Hoy con más razón, tiene que estar un poco alterado por lo que pasó.

MUCHACHO. Yo sé por donde entrar.

MUJER. ¿Y el perro?

MUCHACHO. (Acercándose a la mujer) Perro que ladra no muerde. (Sonríen)

MUJER. (Luego de un breve silencio) ¿Lo vas a matar?

MUCHACHO. ¿A quién?

MUJER. Al viejo.

MUCHACHO. No sé. ¿Por qué me preguntás?

MUJER. Porque vas con un arma.

MUCHACHO. Sí, pero eso no quiere decir nada.

MUJER. Y si fuera necesario, ¿lo matarías?

MUCHACHO. Si fuera necesario, sí.

MUJER. (Confidencial) ¿Alguna vez mataste a alguien? (El muchacho no responde)
A mí me lo podés decir.

MUCHACHO. A mi padrastro.

MUJER. ¿Mataste a tu padrastro?

MUCHACHO. Sí.

MUJER. ¿Fuiste a la cárcel por eso?

MUCHACHO. No, por eso no. El Chancho me cubrió.

MUJER. ¿Cómo que te cubrió?

MUCHACHO. Se hizo cargo, se echó las culpas. Él está preso por mí.

MUJER. (Como si no entendiera bien) ¿Hay una persona inocente en tu lugar?

MUCHACHO. (Riendo) ¿Inocente? ¿El Chancho inocente? Ese no mató a la madre de asco, nomás. Pero es menor, sale pronto. Le quedarán tres meses como máximo.

MUJER. ¿Cuántos años tiene?

MUCHACHO. Diecisiete.

MUJER. A esa edad tres meses equivalen a diez años.

MUCHACHO. Él la pasa bien. Está en su ambiente. Ya lo conocen.

MUJER. Así que mataste a tu padrastro y mandaste a otro pobre desgraciado en tu lugar.

MUCHACHO. El muerto está bien muerto. Y el Chancho no es un pobre desgraciado, está en cana por negocios. Sale cuando quiere. A él le sirve estar ahí.

MUJER. Nunca oí de alguien que estuviera en la cárcel por negocios.

MUCHACHO. Tenés mucho que aprender. (Pausa) ¿Vos no me vas a denunciar, no?

MUJER. No. ¿Por qué voy a denunciarte si no me hiciste nada? (El muchacho la mira de reojo) ¿No?

MUCHACHO. Claro.

MUJER. Pero voy a pedirte una cosa.

MUCHACHO. ¿Qué? ¿Me vas a poner condiciones?

MUJER. No. Quiero pedirte un favor.

MUCHACHO. (Interesado) ¿Qué favor?

MUJER. Que lo mates.

MUCHACHO. (Sin entender) ¿A quién?

MUJER. Al viejo.

MUCHACHO. ¿Querés que lo mate? (La mujer asiente. Él insiste, como si no

terminara de comprender) ¿Me pedís que lo mate? ¿Qué? ¿No te llevás bien con el vecino?

MUJER. El viejo es un milico.

MUCHACHO. Un milico retirado, ya sé.

MUJER. Un milico torturador. (El muchacho reacciona) Él me torturó.

MUCHACHO. (Comprendiendo) Estuviste en cana...

MUJER. Doce años.

MUCHACHO. Yo sabía que teníamos algo en común. Había algo entre nosotros que...

MUJER. (Interrumpiéndolo) No es lo mismo.

MUCHACHO. Ah, ¿no? ¿Y por qué estuviste doce años guardada?

MUJER. Fue en la dictadura.

MUCHACHO. ¿Y qué?

MUJER. Las razones eran diferentes.

MUCHACHO. ¿Cuál es la diferencia?

MUJER. Yo no era una delincuente como... (Se interrumpe)

MUCHACHO. ¿Como yo? (Silencio) Dale, decilo, no pasa nada. No eras una delincuente como yo.

MUJER. No.

MUCHACHO. Pero algo hiciste...

MUJER. Hice lo que creí que era correcto.

MUCHACHO. ¿Y qué es lo "correcto"?

MUJER. La justicia. Lo mío tiene que ver con la justicia. Y lo tuyo...

MUCHACHO. Lo mío, ¿qué?

MUJER. Es otra cosa.

MUCHACHO. ¿Y qué es la justicia para vos? (Silencio. El muchacho toma el revólver y se lo muestra) Esto es la justicia. La justicia se caga de risa de nosotros dos. (Deja el revólver en el piso) Yo también tengo razones para hacer lo que hago. ¿Sabés quién me las dio? Mi madre, el mismo día que me parió. Cuando nací ya tenía razones de sobra para hacer lo que hago.

MUJER. (Pausa. Lo mira con tristeza) Voy a pagarte.

MUCHACHO. ¿Cuánto?

MUJER. Todo lo que tengo.

MUCHACHO. No tenés nada.

MUJER. Tengo sí. (Toma impulso para ir a buscar el dinero. El muchacho la toma del brazo impidiéndoselo) ¿Qué?

MUCHACHO. No tenés nada.

MUJER. Tengo plata guardada... (La mujer entiende) ¿Me la robaste? (El muchacho no contesta) ¿Me robaste mi plata? ¿Antes que yo llegara me habías robado? (Resignada) Entonces no podemos hacer el negocio.

MUCHACHO. ¿Por qué no? Hacemos de cuenta que ya está pago, que yo agarré la guita con anticipación, por las dudas, para asegurarme.

MUJER. ¿Lo harías?

MUCHACHO. Qué problema va a haber.

MUJER. Ninguno.

MUCHACHO. (Dándole la mano) Hecho.

MUJER. Hecho.

MUCHACHO. Pero me falta algo.

MUJER. No tengo más plata.

MUCHACHO. No, no es eso. Es otra cosa.

MUJER. ¿Qué?

MUCHACHO. Tengo que tener una excusa para matarlo.

MUJER. ¿El robo no es suficiente?

MUCHACHO. No. Una razón para mí. Algo que me mueva las tripas.

MUJER. Es un torturador hijo de puta que no merece vivir.

MUCHACHO. Ya sé pero...

MUJER. ¿No te animás?

MUCHACHO. ¿A limpiarlo? Claro que me animo, pero ¿por qué?

MUJER. Porque me cagó la vida.

MUCHACHO. ¿Y por qué no lo matás vos?

MUJER. Porque mi revólver es de juguete y el tuyo es de verdad.

MUCHACHO. Te presto el mío.

MUJER. No.

MUCHACHO. No te dan los huevos.

MUJER. No. (El muchacho la abraza bruscamente y la coloca frente a la ventana)

MUCHACHO. Vamos a hacerla más fácil. Ahí está. ¿Lo ves?

MUJER. Sí. Está sentado como todas las noches. Pone música y se sienta a escuchar.

MUCHACHO. Es un viejo de mierda. No puede ni con las patas.

MUJER. ¿Te da lástima?

MUCHACHO. No. ¿Y a vos?

MUJER. Tampoco.

MUCHACHO. (Toma el revólver que está tirado en el piso) Dale. (Le pone el revólver en las manos y la abraza por detrás, ayudándola a sostenerlo)

MUJER. ¿Qué?

MUCHACHO. No tengas miedo.

MUJER. No. No tengo miedo.

MUCHACHO. Apuntale. (El muchacho se acomoda con ella para disparar) Aflojate. ¿Estás bien?

MUJER. Sí. (Hay un momento de tensión, luego ella desarma la posición) ¡Esperá!

MUCHACHO. ¿Qué?

MUJER. ¿Y si le erramos?

MUCHACHO. Cruzo la calle y le pego tres balazos en la nuca.

MUJER. No, mejor cruzo yo.

MUCHACHO. Dale. Concéntrate. (Vuelven a acomodarse)

MUJER. Apuntale bien.

MUCHACHO. No cierres los ojos.

MUJER. No.

MUCHACHO. ¿Estás llorando?

MUJER. No.

MUCHACHO. No llorés. Las lágrimas no te van a dejar ver.

MUJER. No. Quiero verlo. Quiero verlo muerto. (Apuntan) Gonzalo...

MUCHACHO. (Sin cambiar la posición) No me llamo Gonzalo.

MUJER. Nunca maté a nadie...

MUCHACHO. Todos matamos a alguien. Alguna vez en la vida, todos matamos a alguien. (Se oye un disparo mientras se produce el apagón)

Contemplar

Después que me sentí libre de culpas

-vertiginosamente libre-

me senté a contemplar el universo.

La acción continúa como si el disparo no hubiera ocurrido

MUJER. Un día fui a despedir a mi hija a la terminal. Era invierno. Ella había estado unos días conmigo y regresaba para el interior. Nos despedimos y ella subió al ómnibus. Abajo estaban los familiares de la gente que se iba. A mi lado un abuelo, emocionado, despedía a su nieta, una nena rubia como de cuatro años. La alzó, le dio un beso y la entregó a los brazos de la madre. Me cautivó la escena. Ni siquiera pude ver dónde se había sentado mi hija, por observarlos. La madre y la hija subieron al ómnibus, se sentaron y la niña se pegó a la ventanilla dejando el vidrio empañado con sus besos, murmurando palabras que no podían oírse por el ruido del motor del ómnibus que se alejaba lentamente. El abuelo, a mi lado, llorando, levantó su mano, arrojó un beso al aire y gritó: "te quiero mucho, mi amor...!". Entonces reconocí su voz, su gesto intempestivo, sus puños apretados, la saliva expandida por el aire, la anchura de sus hombros, las venas saltadas en las manos, el pelo alborotado, la mirada vidriosa... y me quedé pasmada. No lo quise mirar, cerré los ojos y lo vi. Abrí los ojos y lo volví a ver. Caminé detrás de él, le miré la nuca, inconfundible, y de repente giró sobre sí y sus ojos, sus ojos que no me vieron, estaban casi como los míos, tan rojos, pero tan rojos... (Silencio. Luego, reponiéndose) Desde ese día no le perdí pisada. Hasta que hace un mes pasé por aquí, vi que este apartamentito se alquilaba y me mudé enseguida.

MUCHACHO. ¿Para qué?

MUJER. Para observarlo, para tenerlo en la mira. No sale en todo el día, pero cuando llega la tardecita saca el perro, y camina por la vereda como si tal cosa.

Entonces me pongo en la ventana, hago de cuenta que mi revólver es de verdad y lo mato. Le pego un tiro en la sien. Lo mato una vez al día, todos los días.

(Silencio) ¿Qué hora es?

MUCHACHO. No sé. (Mirando hacia la ventana) Ya está por salir el sol. ¿Cierro la ventana?

MUJER. No.

MUCHACHO. ¿No tenés frío?

MUJER. Estoy bien así. (Pausa) Me voy a llevar pocas cosas. Lo necesario. Con una valija me alcanza y me sobra.

MUCHACHO. ¿Y todo lo demás?

MUJER. Te lo regalo.

MUCHACHO. ¿El equipo también?

MUJER. Sí, menos los discos. Esos son para mis nietos.

MUCHACHO. ¿Qué vas a hacer?

MUJER. ¿Cuándo?

MUCHACHO. Cuando te vayas.

MUJER. Voy a contemplar el universo. (Sonríen. Cambiando) ¿Queda más vino?

MUCHACHO. Un poco.

MUJER. Servime, por favor. (El muchacho se levanta y sirve la copa. Luego se la alcanza) ¿Qué cosa, no? Una vez que apretamos el gatillo la bala ya no puede detenerse. ¿El disparo salió?

MUCHACHO. Sí.

MUJER. Yo no lo oí.

MUCHACHO. Nunca se oye. El que dispara nunca lo oye.

MUJER. ¿Quién disparó?

MUCHACHO. Los dos.

MUJER. ¿Y vos lo oíste?

MUCHACHO. No.

MUJER. ¿Qué revólver usamos? ¿El tuyo o el mío?

MUCHACHO. No sé.

MUJER. Da lo mismo.

MUCHACHO. Uno mata, el otro no.

MUJER. Da lo mismo.

(El muchacho se sienta junto a la mujer y la abraza tiernamente. Ella lo invita con su copa y él bebe tranquilamente, hasta que la luz se apaga dejando en sus rostros el reflejo tenue de la ventana)

FIN

Estela Golovchenko. Correo electrónico: aletse@adinet.com.uy

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Noviembre de 2006

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar